

Sección

En Memoria

Beatriz Leonor Perosio

Detenida-desaparecida el 8 de Agosto de 1978 en el ejercicio de sus funciones como Presidenta de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires- APBA- y primera Presidenta de la Federación de Psicólogos de la República Argentina -FePRA-

Continuar la construcción del camino que Beatriz inauguró, plasmar las huellas de sus pasos como militante gremial, su ineludible lucha por la dignidad profesional, y la reafirmación de los ideales que ella encarnó es nuestro perdurable compromiso

Beatriz, o la liberación de la palabra

Jorge Garaventa

Largamente hemos recurrido a una frase que explica algunas cuestiones que nos sorprenden en su ocurrencia. Decía Perón, el que estaba de vuelta, que, “hay circunstancias en la vida de los hombres en los que uno se encuentra muy cercano a la Providencia”. Llamaba algo así como suerte a lo que nosotros sospechamos como una construcción que nos permite a algunos estar en el momento justo en el lugar adecuado. Lacan nos convidó situarnos en un lugar distinto a la Providencia, la casualidad y la suerte, confrontándonos con la irrupción de lo real.

Esta breve introducción cobrará sentido en el relato.

Corría marzo del 2018 cuando la liebre, como es costumbre, salta en el lugar menos pensado y confunde. Una comunicación desde un lugar lejano, exactamente un pueblo de provincia de Buenos Aires cuyo nombre es Ascensión, nos convocaba para un homenaje a Beatriz Perosio. Ni más ni menos que una calle del pueblo iba a llevar su nombre. Y allí fuimos representando responsablemente a APBA y FEPRRA.

Graciela, la hermana de Beatriz puso el marco. “Ya hemos hablado muchísimo de lo que Betty padeció, es tiempo de reivindicar lo que hizo”.

Después de descubrir el cartel que nomina la calle caminamos hacia la escuela en la que la joven Beatriz realizaba sus tareas. Otro clima fue ingresar a un lugar lleno de vida. Algunos de quienes habían sido alumnos, alumnas o compañeros relataban sus recuerdos con una cálida inmediatez. Como Beatriz llegó al pueblo y luego se fue por su propia voluntad, el horror del secuestro parece haber impactado de otra forma. No hay registro traumático de la tragedia. Nuestra homenajeadada fue aquella joven psicóloga que llegó al pueblo convocada por la escuela y trajo su mirada clínica y social y una herramienta que dio fundamental sentido a su tarea. La grupalidad. Allí tropezamos con la huella de su alegría, y la firme calidez que todas y todos resaltaban. “Aprendimos la magia del círculo”, recalcó una docente, “supimos la potencia de la palabra mirándonos”. “Es que el chisme dejaba de circular por los pasillos para convertirse en palabra sana”, terció graciosa y cómplice otra ex compañera.

Betty llevó a Ascensión ni más ni menos que la posibilidad de sanar la palabra. La misma consigna que en otras palabras y con otros signos leíamos en sus editoriales de Gaceta Psicológica o en los pocos artículos que hemos encontrado de ella. Sabíamos que no concebía la psicología de otra manera que no fuera en su versión comunitaria. Los espacios individuales, según parece, le resultaban de tránsito. Encarnaba en sus palabras y en su praxis la afirmación freudiana, nunca demasiado entendida, nunca demasiado acuñada: “El psicoanálisis, la psicología, es siempre social”.

La grupalidad, se sabe, no es una economía de recursos, no es un aglutinamiento caprichoso. Es una técnica fundada en cada uno de sus pasos, una verdadera herramienta de transformación. Otra forma de pensar el ejercicio de las prácticas psi. Diferentes formas de estar con los otros.

No hay controversia entre las prácticas grupales y el ejercicio de la psicoterapia o el análisis individual. Podría pensárselas como complementarias, contemporáneas o no, pero jamás rivales.

En esos ordenamientos andábamos por los 70 cuando la dictadura nos arrebató el estar con otros, y también a muchos otros, y nos dejó solitos en la calle, y en el consultorio, barriendo desarrollos que a más de 35 años de la restauración democrática no hemos podido recuperar.

“Nos sorprendió lo que pasó porque ella no hacía política” planteó con un dejo de inocencia otra compañera. No valía la pena contradecirla. No tenía sentido filosofarle que propiciar el pensamiento colectivo la circulación de la palabra era ni más ni menos que la resolución de la contradicción entre ser libre o dependiente. El corazón de la política misma.

Quienes tratamos de ayudar a reparar algo de los estragos que el abuso o las violencias generan en la psiquis humanas nos tuteamos cotidianamente con lo dañoso de la palabra trabada.

Agregamos siempre que la solución a las problemáticas de las violencias pasa por educación con perspectiva de género y pacifista desde las primeras instancias, desanclar los roles estereotipados que habiliten el sano y libre interjuego de las identificaciones. Otra vez, la posibilidad de repensarnos corriéndonos de las celdas culturales.

Parece que Ascensión fue testigo privilegiado, hace muchos años de esta otra vanguardia que Beatriz ejercía. Dicen quienes la disfrutaron que no lo hacía desde un ejercicio ni siquiera vecino a la soberbia. Su alma inquieta sembró su paso de alegría.

La educación fue otra de sus pasiones visibles. De un jardín de infantes se la llevaron y hoy encontramos su palabra en los pasillos y las aulas de una escuela de un pueblo lejano.

Plantamos al principio una afirmación temeraria: No hay registro traumático de la tragedia. Nos referimos a lo que nos pareció vivir en Ascensión. Y ese fue un interrogante que nos acompañó en el durante y después del homenaje y que tal vez hoy, volcado al papel, se desenvuelve un poco más al intentar desbloquear ese pensamiento y ponerlo a andar en función social en este escrito.

Pasaron varias décadas antes de que en el pueblo se supiera del secuestro y desaparición. Cuando un colega, ex residente del lugar, y un legislador plantearon el homenaje, muchísima gente no sabía quién era Beatriz Perosio, y tal vez algunos aún hoy pregunten asombrados al ver la denominación de la calle.

Pero paradójicamente muchos y muchas recuerdan aquella joven psicóloga, alegre e inquieta que cada semana llegaba al pueblo revolucionando la comunicación en la escuela.

Beatriz un día dejó de ir porque su crecimiento personal, profesional y político le fue trazando otras rutas, nuevos horizontes.

Pero su palabra se hizo semilla, y semilla de semilla para seguir circulando por allá aún hasta nuestros días, aún portada por quienes desconocen su origen.

Por eso no hay trauma. Porque la potencia liberadora de su pensamiento sigue allí y ya se hizo calle.

*

Jorge Garaventa

Lic. en Psicología- UBA

Diplomado en prevención y asistencia de la violencia. Universidad Blas Pascal -UBP-

Miembro de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires -APBA- y la Federación de Psicólogos de la República Argentina - FePRA |-